

Javier Sesé

1. LA BONDAD DE NUESTRO PADRE DIOS

Uno de los grandes «secretos» de la santidad me parece que está en la [citation and similar papers at core.ac.uk](https://www.core.ac.uk/)

continuo e intenso, y, a la vez, concreto, lleno de detalles muy personales de Dios respecto a cada hijo en cuanto tal, en los que la infinita capacidad divina de amar se adapta a la condición y necesidades de cada uno. Y cuanto mayor es la correspondencia del alma santa, más se esmera Dios, por decirlo así, en sorprenderle con finuras y delicadezas de amor, como el mejor de los padres y la mejor de las madres.

Todo esto proporciona al santo una comprensión particularmente rica de la Bondad de Dios, que lejos de ser una simple afirmación teórica, la ve manifestada día a día en su propia vida, hasta conmoverle profundamente. Entrocamos así con una de las cuestiones más delicadas que la conciencia del hombre se plantea cuando se le presenta la figura paterna de Dios: el problema del mal. No es el momento de entrar en cuestión tan compleja y a menudo desconcertante para el ser humano —incluso traumática—; pero sí de apuntar, al menos, la perspectiva que abre la experiencia de los santos para iluminar una reflexión sobre el mal, que nos ayudará después a profundizar en el tema central de esta reflexión: el encuentro con Dios en la Cruz.

Podríamos decir que los santos abordan la cuestión desde el interior de Dios mismo. Es decir, no intentan congeniar la experiencia del mal en el mundo con la certeza de fe de la infinita Bondad divina, buscando ese complejo equilibrio en el que tantas veces la reflexión filosófico-teológica se embarca sin acabar de llegar a puerto. Sino que, más bien, lo ven todo desde la intimidad de amor alcanzada con la Trinidad, en la que la Bondad divina es, ante todo, el mismo Amor paterno-filial al que han sido llamados a participar; y el mundo y el hombre son vistos así desde la óptica de Dios Creador y Redentor. Y esto hasta tal punto que, más que intentar explicar el mal, da la impresión de que para ellos ha desaparecido como problema, porque en el mismo Dios no existe.

Es lo que expresan, por ejemplo, estas palabras de Santo Tomás Moro a su hija mayor, en su prisión de la Torre de Londres: «Hija mía queridísima, nunca se perturbe tu alma por cualquier cosa que pueda ocurrirme en este mundo. Nada puede ocurrir sino lo que Dios quiere. Y yo estoy muy seguro de que sea lo que sea, por muy malo que parezca, será de verdad lo mejor»¹.

No será simplemente bueno... sino «lo mejor»... ¿Y lo mejor es pasar de ser el primer mandatario de uno de los países más poderosos de la tierra a un condenado a muerte, despreciado y abandonado por casi todos? Sí, sin duda: antes sólo le faltaba la corona para igualarse al rey..., y ahora tiene la corona del martirio, del Rey celestial y eterno.

Esa misma confianza en la Bondad divina ante lo que los hombres llamamos mal, la aplica San Josemaría Escrivá a situaciones más ordinarias, objetivamente menos dramáticas, pero en las que también un alma cristiana puede sufrir y desconcertarse: «¿Penas?, ¿contradicciones por aquel suceso o el otro?... ¿No ves que lo quiere tu Padre-Dios..., y Él es bueno..., y Él te ama —¡a ti solo!— más que todas las madres juntas del mundo pueden amar a sus hijos?»².

En efecto, desde esa experiencia de intimidad con Dios, que bebe de las mismas entrañas de su Bondad infinita, resulta incuestionable que lo que solemos llamar mal físico nunca es un verdadero mal; y en cuanto al único verdadero mal, el pecado, aparece enfocado siempre a la luz de la Misericordia divina y del bien que Dios mismo extrae continuamente de él.

Esto se aplica, entonces, a lo que habitualmente solemos llamar «cruces» en la vida humana (enfermedad y muerte; dolor físico, psíquico y moral; calumnias, traiciones y persecuciones; contradicciones de todo tipo...), que adquieren una perspectiva insospechada desde esa relación de amor con Dios propia de los santos —incluso desconcertante y escandalosa para el que no tiene fe—; perspectiva que debería ser la de todo cristiano, pero que sólo se puede adquirir a la luz de la Cruz con mayúscula: la Santa Cruz de Nuestro Señor Jesucristo.

2. LA CRUZ DE CRISTO COMO PRUEBA DEL AMOR DIVINO

La Cruz de Jesucristo (entendiendo por Cruz, como debe ser, todo el conjunto del Misterio Pascual de Cristo: Pasión, Muerte, Resurrección y Ascensión) es la gran manifestación del Amor de Dios; y por tanto, el mayor acto de su Bondad infinita con respecto a sus hijos los hombres. Recordemos a este propósito las palabras de San Juan Apóstol:

1. STO. TOMÁS MORO, *Un hombre solo. Cartas desde la Torre*, Madrid 1988, n. 7 (Carta de Margaret a Alice, agosto de 1534, relatando una larga entrevista con su padre en la prisión).

2. S. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Forja*, n. 929.

«En esto se demostró entre nosotros el Amor de Dios: en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que recibiéramos por Él la vida. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino que Él nos amó, y envió a su Hijo como víctima de propiciación por nuestros pecados» (1./n 4, 9-10).

Todos los santos reaccionan particularmente conmovidos y agradecidos ante este hecho, y más cuando el punto de comparación son, precisamente, nuestros pecados. Oigamos, por ejemplo, a San Alfonso María de Liguorio en su oración:

«Gracias, Dios mío, en nombre de todos los hombres, pues si no hubierais pensado en mi salvación, todos los hombres nos hubiéramos perdido para siempre.

Considera aquí el Amor infinito que Dios nos mostró en esta gran obra de la Encarnación del Verbo, disponiendo que su Hijo sacrificase la vida a manos de verdugos en la Cruz, en medio de un mar de dolores e ignominias, para alcanzarnos el perdón y la salvación eterna. ¡Oh Bondad infinita! ¡Oh Misericordia infinita! ¡Oh Amor infinito! ¡Un Dios hacerse hombre y venir a morir por nosotros, gusanillos!

¡Ah, Salvador mío!, dadme a conocer cuánto me habéis amado, para que a vista de vuestro Amor reconozca mi ingratitud. Vos con vuestra muerte me librateis de la perdición, y yo, ingrato, os he vuelto las espaldas para perderme de nuevo. Me arrepiento sinceramente de haberos hecho tamaña injuria. Perdonadme, Salvador mío, y preservadme en lo futuro del pecado; no permitáis que vuelva a perder vuestra gracia. Os amo, querido Jesús mío, pues sois mi esperanza y mi amor. —¡Oh María, Madre de este excelso Hijo, encomendadle mi alma!»³.

«¡Oh Dios eterno!, no me miréis a mí, tan cargado de pecados; mirad a vuestro inocente Hijo pendiente de una Cruz, ofreciéndoo tantos dolores y oprobios para que tengáis compasión de mí. ¡Oh Dios amabilísimo y verdadero amante de mi alma!, por amor de este Hijo, a quien tanto amáis, tened compasión de mí. La compasión que yo quiero es que me deis vuestro santo amor. Atraedme por completo a vos del lodo de mis bajezas. Abrasad, fuego consumidor, cuanto veáis impuro en mi alma que la impida ser toda vuestra.

Agradecemos al Padre y agradezcamos igualmente al Hijo, que se vistió de nuestra carne y a la vez tomó sobre sí nuestros pecados para dar a Dios, con su pasión y muerte, cumplida satisfacción»⁴.

No es mi intención profundizar en todos los aspectos —muchos y profundos— del misterio de la Cruz de Cristo en relación con la vida espiritual del cristiano (tema, además, sobre el que, en la historia de la espiritualidad cristiana, se han escrito páginas y páginas, a cuál más profunda y conmovedo-

3. S. ALFONSO MARÍA DE LIGORIO, *Meditaciones para el Adviento*, primera serie, med. 1.

4. ID., *Reflexiones sobre la Pasión de Jesucristo*, cap. I, 2.

ra); pero sí intentar ayudar a comprender (siempre dentro de la oscuridad y profundidad insondable del misterio) cómo la Cruz de Jesús, y nuestra participación en ella, es una prueba de Amor: la mayor prueba de Amor de Dios Padre, de Dios Hijo y de Dios Espíritu Santo, a pesar de que una lógica meramente humana tiende con frecuencia a verla como un daño, como un mal.

Efectivamente, hablar de la Cruz es una cuestión especialmente delicada, dentro de lo delicado que es siempre el tratamiento de los misterios de la fe. Casi me atrevería a decir que, hoy en día, en el momento que estamos viviendo —me refiero, sobre todo, al ambiente hedonista y materialista, de búsqueda del placer, en ocasiones, a toda costa—, el sentido de la cruz, el sentido cristiano del dolor, del sufrimiento, de las contrariedades, resulta más difícil de explicar que nunca, y mucho más difícil de captar en toda su hondura.

Porque, de entrada, hay un misterio enorme ya en la misma Cruz de Jesucristo, desde la óptica trinitaria; en particular, es un misterio que sea una manifestación de Amor de Dios Padre a su Hijo el enviarle a la Cruz, a la muerte, para redimirnos a nosotros. Sin embargo, lo es: es, en verdad, una manifestación de Amor de Dios Padre a su Hijo, de Amor paternal, de Amor divino intratrinitario.

Si después lo aplicamos a nuestra vida, el misterio se nos traslada a nosotros, porque, a medida que nos identificamos con Cristo, nos identificamos con su Cruz y, por tanto, también la cruz vivida por el cristiano es una bendición de Dios, es una muestra de cariño de Dios Padre con nosotros.

Para ir haciendo luz sobre estas realidades, oigamos, en primer lugar, a San Agustín, parafraseando conocidos textos de San Pablo y San Juan:

«¡Oh cómo nos amaste, Padre bueno, “que no perdonaste a tu Hijo único, sino que le entregaste por nosotros, impíos!” (cfr. *Rom* 8, 32) ¡Oh cómo nos amaste, haciéndose por nosotros, “quien no tenía por usurpación ser igual a ti, obediente hasta la muerte de cruz”, siendo el único libre entre los muertos (cfr. *Fil* 2, 6), teniendo potestad para dar su vida y “para nuevamente recobrarla” (cfr. *Jn* 10, 18). Por nosotros se hizo ante ti vencedor y víctima, y por eso vencedor, por ser víctima; por nosotros sacerdote y sacrificio ante ti, y por eso sacerdote, por ser sacrificio, haciéndonos para ti de esclavos hijos, y naciendo de ti para servirnos a nosotros»⁵.

En la muerte de Jesús en la Cruz, en efecto, se hace presente no sólo el misterio de Cristo Redentor, sino también el misterio trinitario: en la Cruz se revela de forma particular lo más íntimo de la relación paterno-filial entre Dios Padre y Dios Hijo Encarnado; relación de la que procede el Espíritu Santo, que podemos ver así como «fruto de la Cruz». Por ello, nuestro ser hijos en el Hijo por el Espíritu conduce también a un encuentro peculiar de

5. S. AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones* libro X, cap. 43.

cada cristiano con la Trinidad en la Cruz; o mejor: es en la identificación con Cristo, que incluye necesariamente la participación en su Pasión, Muerte y Resurrección, como somos hechos hijos de Dios Padre, en el Hijo, por el Espíritu Santo.

Además, nuestra exaltación a la condición de hijos, realizada por el Espíritu, es fruto del triunfo de Cristo, pero éste sólo se entiende desde su previo anonadamiento, desde su entrega como víctima, querida y aceptada por el Padre. La mejor expresión de todo esto es, sin duda, el himno del inicio de la Epístola de San Pablo a los *Filipenses*, al que acaba de aludir San Agustín:

«Tened entre vosotros los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús, el cual, siendo de condición divina, no consideró como presa codiciable el ser igual a Dios, sino que se anonadó a sí mismo tomando la forma de siervo, haciéndose semejante a los hombres; y, mostrándose igual que los demás hombres, se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios lo exaltó y le otorgó el nombre que está sobre todo nombre; para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese: ¡Jesucristo es el Señor!, para gloria de Dios Padre» (*Fi/2*, 5-11).

La exaltación y triunfo de Cristo no puede hacernos olvidar que el anonadamiento fue real, radical, impresionante. Los santos no se cansan nunca de considerarlo, removiéndose más y más ante la generosidad del Señor, en contraste con la nuestra, y acrecentando así su amor de correspondencia. Así lo sintetiza San Buenaventura:

«No hay cosa que más incite a la virtud que aquella benignidad tan grande por la cual el altísimo Hijo de Dios, existiendo de nuestra parte no méritos, sino muchos deméritos, “puso la vida por nosotros” (*1 Jn* 3, 16); benignidad que se manifiesta tanto mayor cuanto que los tormentos que sufrió o quiso sufrir fueron más graves y más abyectos. “Dios no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros; ¿cómo no nos dará también con Él todas las cosas?” (*Rom* 8, 32). Todo esto nos mueve a amar y, amando, a imitar al altísimo Hijo de Dios»⁶.

Entre tantas contemplaciones estremecedoras y conmovedoras de la Pasión del Señor que pueblan la literatura espiritual, citemos por lo menos este fragmento de una meditación de Fray Luis de Granada ante el «*Ecce Homo*», que refleja muy bien la humillación a que se sometió Jesús, y el Padre aceptó, por amor nuestro:

«Pues para que sientas algo, ánima mía, de este paso tan doloroso, pon primero ante tus ojos la imagen antigua de este Señor, y la excelencia de sus vir-

6. S. BUENAVENTURA, *Breviloquia*, parte IV, cap. 9, 2.

tudes; y luego vuelve a mirarlo de la manera que aquí está. Mira la grandeza de su hermosura, la medida de sus ojos, la dulzura de sus palabras, su autoridad, su mansedumbre, su serenidad, y aquel aspecto suyo de tanta veneración. Míralo tan humilde para con sus discípulos, tan blando para con sus enemigos, tan grande para con los soberbios, tan suave para con los humildes, y tan misericordioso para con todos. Considera cuán manso haya sido siempre en el sufrir, cuán sabio en el responder, cuán piadoso en el juzgar, cuán misericordioso en el recibir, y cuán largo en el perdonar.

Y, después que así lo hubieres mirado, y deleitádate de ver una tan acabada figura, vuelve los ojos a mirarle tal cual aquí le ves: cubierto con aquella púrpura de escarnio, la caña por cetro real en la mano, y aquella horrible diadema en la cabeza, y aquellos ojos mortales, y aquel rostro difunto, y aquella figura toda borrada con la sangre, y afeada con las salivas que por todo el rostro estaban tendidas. Míralo todo dentro y fuera: el corazón atravesado con dolores, el cuerpo lleno de llagas, desamparado de sus discípulos, perseguido de los judíos, escarnecido de los soldados y despreciado de los pontífices, desechado del rey inicuo, acusado injustamente, y desamparado de todo favor humano»⁷.

Este es el camino —aunque parezca duro, cruel incluso, y paradójico—, que ha buscado y recorrido la Bondad divina: y, por tanto, es el más bueno y bondadoso; porque es camino divino, trinitario, paternal. La lógica humana puede engañarnos, pero para eso Dios nos da la fe, que nos ayuda a entrar en la lógica divina, a aceptarla y a amarla.

San Juan de Ávila, al que Fray Luis de Granada consideraba precisamente su principal maestro, aún intuye más tesoros de Amor divino detrás de los impresionantes sucesos de la Pasión:

«¡Oh Amor divino, cuánto mayor eres de lo que pareces por acá defuera! Porque tantas llagas y tantos azotes y heridas, sin duda nos predicán amor grande; mas no dicen toda la grandeza que tiene, porque mayor es por de dentro de lo que por defuera parece (...). Si tanto es lo público que ven los ojos de los hombres, ¿qué tanto más es eso que ven los ojos de Dios solamente? ¡Oh piélago de amor! ¡Oh abismo sin suelo, todo lleno de amor! ¿Quién dudará ya del amor de Cristo? ¿Quién no se tendrá por el más rico del mundo, pues de tal Señor es amado?»⁸.

3. LA «INSIGNIA» DEL HIJO DE DIOS

Nos sigue diciendo San Juan de Ávila, hablando de Dios Padre y de su Hijo en la Cruz: «Por Cristo mira a todos los que se quieren mirar y llorar, por malos que sean, para los perdonar; y en Cristo mira a los tales para con-

7. FRAY LUIS DE GRANADA, *Libro de la oración y meditación*, Meditación para el jueves por la mañana: *Del Ecce Homo*.

8. S. JUAN DE ÁVILA, *Tratado del amor de Dios*, edición Sala-Balust, 379.

servarles y acrecentalles el bien recibido. El ser amado Cristo, es razón de ser recibidos en gracia nosotros»⁹.

En consecuencia, si la Cruz de Jesús es la clave de la redención, la clave de la figura de Jesucristo, la clave del Amor paterno divino, tiene que ser la clave en la vida de los hijos de Dios, en la vida de los que siguen a Jesucristo; como nos recuerda San Luis María Grignon de Montfort:

«La Sabiduría eterna quiere que su Cruz sea la insignia, el distintivo y arma de todos sus elegidos. En efecto, no reconoce como hijo a quien no posea esta insignia, ni como discípulo sino a quien la lleve en la frente sin avergonzarse, en el corazón sin protestar y sobre los hombros sin arrastrarla o rechazarla. Y exclama: “El que quiera venirse conmigo, que reniegue de sí mismo, que cargue con su cruz y me siga” (Mt 16, 24)»¹⁰.

De forma parecida, se expresa San Josemaría Escrivá, con una clara alusión a su propia experiencia personal: «Me has preguntado si tengo cruz. Y te he respondido que sí, que nosotros siempre tenemos Cruz. —Pero una Cruz gloriosa, sello divino, garantía de la autenticidad de ser hijos de Dios. Por eso, siempre caminamos felices con la Cruz»¹¹.

Y en otra ocasión: «Tú has hecho, Señor, que yo entendiera que tener la Cruz es encontrar la felicidad, la alegría. Y la razón —lo veo con más claridad que nunca— es ésta: tener la Cruz es identificarse con Cristo, es ser Cristo, y por eso, ser hijo de Dios»¹².

El razonamiento es sencillo en su formulación, pero de una gran profundidad teológica, uniendo tres realidades fundamentales del misterio cristiano: filiación divina, configuración con Jesucristo, misterio de la Cruz. En la Cruz descubrimos qué es ser hijo de Dios, porque en la Cruz está Cristo, que es el Hijo de Dios con mayúscula. Mejor: en la Cruz aprendemos la filiación divina, porque ahí la hemos recibido del mismo Hijo de Dios, porque ahí somos Cristo. No hay Cristo sin Cruz y, por eso, no hay cristiano —otro Cristo— sin Cruz.

Subrayamos también el tono fuertemente positivo de esta visión de la Cruz («encontrar la felicidad, la alegría»), como el anterior de San Luis María, de San Agustín... Y de todos los santos: porque es el propio de un verdadero enfoque cristiano. Por eso, hemos querido afrontar este tema desde la óptica de la Bondad de Dios, de la que la Cruz es su expresión cumbre.

Pero este enfoque sólo es aceptable y asumible, repito, desde la fe, y, aún así, con dificultades (las inherentes a tan gran misterio y a experiencias tan

9. ID., *Audi filia*, edición Sala-Balust, 783.

10. S. LUIS MARÍA GRIGNON DE MONTFORT, *El amor de la Sabiduría eterna*, n. 173.

11. S. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Surco*, n. 70.

12. ID., *Meditación*, 29-IV-1963: *Registro Histórico del Fundador*, n. 20119, p. 13, citado por Mons. Álvaro del Portillo en AA.VV., *Santidad y mundo. Estudios en torno a las enseñanzas del San Josemaría Escrivá*, Pamplona 1996, 286.

decisiva en toda vida humana, empezando por la del mismo Jesús); dificultades que ya mostraba, en los primerísimos tiempos del cristianismo y con particular claridad, San Pablo:

«Porque el mensaje de la cruz es necedad para los que se pierden, pero para los que se salvan, para nosotros, es fuerza de Dios (...) Pues los judíos piden signos, los griegos buscan sabiduría; nosotros en cambio predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; mas para los llamados, judíos y griegos, predicamos a Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios. Porque lo necio de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres» (1 Cor 1, 18.22-25).

No nos ha de extrañar, pues, que la Cruz de Jesús siga provocando reacciones similares hoy en día a nuestro alrededor; y que esas reacciones se extiendan a las cruces personales de cada hijo de Dios que desea seguir de verdad los pasos de su Hermano mayor, de cada hijo que es bendecido como Él, por el Padre, con la Cruz.

Una vez más, los santos nos han marcado en esto el camino. En efecto, el contraste entre el escándalo que muchos sienten ante la Cruz de Cristo y el agradecimiento y el amor con que la contemplan los santos es radical. Escribe, por ejemplo, Santa Teresa de los Andes:

«Él viene con una Cruz, y sobre ella está escrita una sola palabra que conmueve mi corazón hasta sus más íntimas fibras: "Amor". ¡Oh, qué bello se ve con su túnica de sangre! Esa sangre vale para mí más que las joyas y los diamantes de toda la tierra»¹³.

4. LA CRUZ DEL CRISTIANO Y LA CRUZ DE JESUCRISTO

Todo lo dicho se aplica, sin duda, a la misma Cruz de Jesucristo, pero también a nuestra participación personal en ella, sin la cual no hay verdadera identificación con Cristo, verdadera filiación, como recuerda también San Pablo: «Y si somos hijos, también herederos heredamos de Dios, coherederos de Cristo; con tal de que padezcamos con Él, para ser con Él también glorificados» (Rom 8, 17).

A estas palabras del Apóstol y otros textos bíblicos (2 Tim 2, 11-12; Fil 4, 3; Apc 3, 5; Sal 109, 3), hacen eco estas exhortaciones de Santa Clara de Asís a su fiel discípula, Santa Inés de Praga:

«Si sufres con Él, con Él reinarás; si lloras con Él, con Él te gozarás; si mueres en su compañía en la cruz de la tribulación, poseerás con Él las mora-

13. STA. TERESA DE LOS ANDES, *Diario*, n. 16.

das celestes en el esplendor de los santos, y tu nombre será inscrito en el libro de la vida y se hará famoso entre los hombres. Por eso mismo, poseerás por toda la eternidad y por todos los siglos la gloria del reino celestial, en lugar de los honores terrenos, que son tan caducos; participarás de los bienes eternos, en lugar de los bienes perecederos, y vivirás por todos los siglos»¹⁴.

Posee particular fuerza, respecto a la unión entre la cruz del cristiano y la de Cristo, la experiencia personal, casi continua, de Santa Gema Galgani. Oigamos alguno de sus impresionantes diálogos con Jesús sobre el tema:

«Me dices siempre que quien sufre ama; entonces, esta tarde, he sufrido, te he amado, Jesús. Entregas la cruz, Jesús, a los que amas. Tú me tratas a mí como te trató a Ti tu Padre Jesús, me haces beber el cáliz de la Pasión hasta la última gota»¹⁵ (Subrayemos, en el contexto de la filiación divina, ese «Tú me tratas a mí como te trató a Ti tu Padre»).

«Le decía yo a Jesús que lo quería amar muchísimo, pero que tengo el corazón pequeño y no lo sé hacer. Jesús, entonces, se me mostró cubierto de llagas, y me dijo: “Hija mía, mírame y aprende cómo se ama: ¿no sabes que a mí me ha matado el amor? Mira estas llagas, esta sangre, estos cardenales, esta cruz, todo es obra del amor. Mírame, hija mía, y aprende cómo se ama”. Yo le respondí: “Pero, Jesús mío, entonces, si yo sufro, es señal que te amo”. Jesús me contestó que la señal más clara que puede ofrecer a un alma predilecta suya, es el sufrimiento y hacerla caminar por la vía del Calvario. “La cruz —decía Jesús— es la escalera del paraíso y el patrimonio de todos los elegidos, en esta vida. ¿Te desagradaría —me dijo Jesús— que yo te diese a beber mi cáliz hasta la última gota?” (...) Le respondí: “Jesús, hágase tu Santísima Voluntad”»¹⁶.

Otra santa con una impresionante vivencia de la Cruz es Santa Catalina de Siena, a la que podríamos calificar, entre otros títulos, como «doctora de la sangre de Cristo». Las referencias podrían ser numerosísimas. Baste la siguiente exhortación de la «Mamma» al Beato Raimundo de Capua:

«Anégate en la sangre de Cristo crucificado; báñate en su sangre; sáciate con su sangre; embriágate con su sangre; vístete de su sangre; duélete de ti mismo en su sangre; alégrate en su sangre; crece y fortifícate en su sangre; pierde la debilidad y la ceguera en la sangre del Cordero inmaculado; y con su luz, corre como caballero viril, a buscar el honor de Dios, el bien de su santa Iglesia y la salud de las almas, en su sangre»¹⁷.

14. STA. CLARA DE ASÍS, *Segunda carta a Santa Inés de Praga*. Conviene recordar que Santa Inés había renunciado al matrimonio con el mismísimo emperador, para seguir las huellas de San Francisco y Santa Clara; huellas que, además, apenas habían alcanzado Centroeuropa, y escandalizaban todavía a muchos. Las palabras de la santa de Asís han resultado, por tanto, proféticas: la gloria de la santa princesa checa ha sido mucho mayor que la que hubiera alcanzado como emperatriz.

15. STA. GEMA GALGANI, *Éxtasis*, n. 9.

16. ID., *Cartas a Mons. Volpi*, n. 13.

17. STA. CATALINA DE SIENA, *Cartas*, n. 333.

El punto central que quiero extraer de todos estos textos —y de muchos más que podríamos traer a colación— es que no estamos hablando de una cruz cualquiera, del dolor o del sufrimiento sin más, sino de un dolor «bañado en la sangre del Cordero inmaculado», de una cruz unida a la Cruz de Jesucristo, que es la Cruz redentora; de una Cruz, por tanto, que es victoria, que es triunfo sobre el pecado, sobre la muerte, sobre el mal; y que no se puede separar nunca de la Resurrección y de la Ascensión. Es el misterio pascual de Cristo, completo —Pasión, Muerte, Resurrección y Ascensión—, el que da sentido a la cruz del cristiano; y sólo así es como se adquiere su sentido profundo y, por tanto, su sentido alegre y positivo: porque allí, en ella, está Cristo.

Recordemos estas importantes palabras de Nuestro Señor Jesucristo: «Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del Hombre. En verdad, en verdad os digo que si el grano de trigo no muere al caer en tierra, queda infecundo; pero si muere, produce mucho fruto. El que ama su vida la perderá, y el que aborrece su vida en este mundo, la guardará para la vida eterna. Si alguien me sirve que me siga, y donde yo estoy allí estará también mi servidor; si alguien me sirve, el Padre le honrará. Ahora mi alma está turbada; y ¿qué diré: ¿Padre, líbrame de esta hora?, si para eso vine a esta hora. ¡Padre, glorifica tu nombre! Entonces vino una voz del cielo: Lo he glorificado y de nuevo lo glorificaré» (Jn 12, 23-28).

Es decir: Dios Padre quiere la Cruz —y la Resurrección!— para su Hijo unigénito, porque le ama a Él y nos ama a nosotros... Jesús asume libremente esa Cruz que le envía su Padre, porque ama a su Padre y nos ama a nosotros... Y Jesús, muriendo en la Cruz por nosotros, nos envía, desde el seno del Padre, al Espíritu Santo, que nos hace hijos de Dios...

Por tanto, si la entrega de Jesús en la Cruz es un reflejo del Amor intratrinitario y la gran prueba del Amor que Dios nos tiene, también cada encuentro personal de un cristiano, de un hijo de Dios, con su propia cruz, en la medida en que se una realmente a la Cruz de Cristo, es una manifestación de Amor divino y, en consecuencia, fuente de salvación, de santidad y de gloria, de alegría y de paz..., como lo fue la misma Cruz del Señor.

Más aún, como afirma el citado texto de San Pablo, es imprescindible ese paso por la Cruz para alcanzar la gloria, pues así se ha realizado la Redención: por la Pasión y Muerte de Jesús a su Resurrección y Ascensión. El camino de santidad del cristiano, hijo de Dios, no puede ser distinto al del Hijo Unigénito del Padre. Y teniendo en cuenta el verdadero sentido de la santidad cristiana, su grandeza, las posibilidades que abre para el alma este camino de la Cruz son indescriptibles. Aunque algo nos ayudan a atisbar esas maravillas los que han recorrido ese camino, como la Beata Isabel de la Trinidad:

«El alma debe dejarse inmolar siguiendo los designios de la voluntad del Padre a ejemplo de su Cristo adorado. Cada acontecimiento y suceso de la

vida, cada dolor y gozo es un sacramento por el que Dios se comunica al alma. Por eso, ella no establece ya diferencias entre semejantes cosas. Las supera, las trasciende para descansar, por encima de todo, en su divino Maestro. El alma le eleva a gran altura en la montaña de su corazón. Sí, le coloca por encima de las gracias, consuelos y dulzuras que de Él proceden. El amor tiene esta propiedad: ni se busca a sí mismo, ni se revanada. Todo se lo entrega al Amado. ¡Feliz el alma que ama de verdad! Dios queda prisionero de su amor»¹⁸.

Dios bendice con la Cruz, porque nos ama. Y el santo —a lo que nosotros también aspiramos—, bien consciente de esto, entusiasmado con esto, abraza la Cruz de Cristo; más aún, llega a amarla, a desearla —con expresiones, a veces, que son muy fuertes y muy rotundas en algunos santos, como venimos comprobando y seguiremos comprobando—, precisamente porque ve la mano paternal de Dios; porque lo que busca no es la cruz en el sentido humano del sufrimiento: lo que él o ella buscan es a Cristo, a Dios Padre, al Espíritu Santo; y por eso abrazan la Cruz y aman la Cruz, encontrando en ella paz y alegría, porque encuentran el Amor divino.

5. ABRAZAR LA CRUZ POR AMOR Y CON AMOR

Si el camino del Amor de Dios por nosotros ha sido el de la Cruz, el camino para desenvolver amor por Amor no puede ser otro que el de la Cruz: ¡con todas las maravillas que el Amor implica! Pero, lógicamente, hay que atreverse a dar ese paso, que es paso radical, de conversión, con todas sus consecuencias... Con fuerza especial, casi desgarradora, lo expresa San Cipriano:

«Para que también puedas ganarlas tú, que hasta ahora habías estado dominado por la envidia, lanza de ti toda esa malicia que te tenía obcecado, vuelve tus pasos al camino de la vida eterna siguiendo los de la salvación. Arranca de tu corazón espinas y abrojos, a fin de que te rinda abundante fruto la siembra del Señor y rebosa la mies espiritual y divina en exuberante cosecha. Vomita el veneno de la hiel, escupe el virus de la discordia, purga ese espíritu infectado por la baba de la serpiente de la envidia y transforma esa amargura que se te había infiltrado en dulzura de Cristo. Si comes y bebes del misterio de la Cruz, el leño que endulzó el sabor de las aguas de Mará, en figura, te servirá, en verdad, para suavizar tu espíritu y no tendrá que esforzarte para remediar y mejorar tu salud. Con lo mismo que habías sido herido quedarás curado»¹⁹.

La insistencia de los grandes maestros espirituales en este punto es continua; oigamos también a San Juan de la Cruz: «Porque, si el hombre se determina a sujetarse a llevar esta Cruz, que es un determinarse de veras a querer

18. BEATA ISABEL DE LA TRINIDAD, *El Cielo en la tierra*, día 3º.

19. S. CIPRIANO DE CARTAGO, *De zelo et livore*, 17.

hallar y llevar trabajo en todas las cosas por Dios, en todas ellas hallará grande alivio y suavidad para andar este camino así, desnudo de todo sin quere nada (...) Y cuando viniere a quedar resuelto en nada, que será la suma humildad, quedará hecha la unión espiritual entre el alma y Dios, que es el mayor y más alto estado a que en esta vida se puede llegar. No consiste, pues, en recreaciones y gustos y sentimientos espirituales, sino en una muerte de Cruz sensitiva y espiritual, esto es, interior y exterior»²⁰.

Fijémonos en que el doctor místico nos habla no sólo de un incipiente seguimiento de Cristo, sino de su máxima y más intensa expresión: de verdadera «unión» con Dios, del «mayor y más alto estado». Pero, eso sí, a condición de que haya verdadera entrega en la Cruz, de «quedar resuelto en nada», de «suma humildad», de «muerte sensitiva y espiritual»... Porque ese fue el camino recorrido por Jesús, con toda su radicalidad.

Insistimos, de nuevo, en que no se puede separar, en Cristo, la Cruz de la Resurrección: forman la unidad del misterio pascual. Consecuentemente, al hablar ahora de la cruz del cristiano, en cuanto participación en la de Cristo, debemos mantener esa misma unidad: por el dolor a la gloria..., incluida la resurrección de los cuerpos que un día llegará para nosotros.

Sólo cuando se olvida esa perspectiva y se vive la cruz al margen de la identificación con Jesucristo, en su Pasión, Muerte y Resurrección armonizadas, el hombre siente predominantemente, o incluso exclusivamente, el aspecto doliente de la cruz, empieza a dudar de su sentido, lo considera un mal para sí mismo o los demás, pudiendo llegar incluso a desesperarse en el sufrimiento: porque es un dolor sin amor.

Es lo que ocurre con demasiada frecuencia hoy en día, cuando no sólo personas concretas, sino también, en gran medida, el ambiente cultural y social que nos rodea, se muestra con frecuencia radicalmente refractario al dolor y al sufrimiento: se tiende a confundir amor con placer, alegría con mera felicidad sensible, con bienestar físico. El mensaje cristiano de la cruz se hace así para muchos más «locura» y «escándalo» que nunca; y eso nos obliga a esforzarnos aún más para mostrar el verdadero sentido de la Cruz de Cristo. La ayuda de los santos en este terreno se hace, entonces, particularmente valiosa, sobre todo cuando a la experiencia personal se une una certera reflexión teológica sobre dicha experiencia.

Un caso paradigmático, en este sentido, es el de Santa Edith Stein, en cuya vida y en cuyos escritos todo lo relativo a la Cruz ocupa un lugar central, desde su propio nombre de religión: Teresa Benedicta de la Cruz. Así se expresaba esta santa carmelita alemana, filósofa de altura y conversa del judaísmo, en momentos de grandes contrariedades y a las puertas del martirio, que sufriría finalmente en Auschwitz:

20. S. JUAN DE LA CRUZ, *Subida del Monte Carmelo*, II, c. 6.

«Estoy contenta con todo. Una *scientia crucis* sólo se puede adquirir si se llega a experimentar a fondo la cruz. De esto estuve convencida desde el primer momento, y de corazón he dicho: *¡Ave Crux, spes unica!*»²¹.

Y así lo explica ella misma teológicamente, con su habitual claridad y precisión:

«La naturaleza humana que Él asumió le dio la posibilidad de padecer y morir; la naturaleza divina que Él poseía desde toda la eternidad le dio a su pasión y muerte un valor infinito y una fuerza redentora. La pasión y muerte de nuestro Señor Jesucristo se continúan en su cuerpo místico y en cada uno de sus miembros. Todo hombre tiene que padecer y morir, pero si él es un miembro vivo del cuerpo místico de Cristo, entonces su sufrimiento y su muerte reciben una fuerza redentora en virtud de la divinidad de la Cabeza. Esa es la razón objetiva de por qué los santos anhelaban el sufrimiento. No se trata de un gusto patológico por el sufrimiento. A los ojos de la razón natural puede parecer esto una perversión, pero a la luz del misterio de la salvación es lo más razonable»²².

En efecto, el santo, el verdadero cristiano, asume la Cruz, más aún, la ama y la desea, porque ve en ella la lógica divina: la mano paternal de Dios, el encuentro salvador con Jesucristo, la fuerza de la gracia del Espíritu divino. Dios Padre quiere la Cruz para su Hijo y para sus hijos, porque le ama y nos ama... Jesús la asume libremente porque ama a su Padre y nos ama... Y ese amor mutuo, que es el Espíritu Santo, se derrama en nosotros como fruto de la Cruz. Toda la Trinidad, en la unidad del ser divino, y en el misterio de la distinción de Personas y de sus relaciones mutuas, se vuelca en el mundo y en el alma a través de la realidad de la Cruz de Cristo y de la nuestra, propia de la condición de hijos... ¡Cómo no vamos entonces a abrazar la Cruz, a amar la Cruz!

El Señor no ha dejado de buscar, incluso, medios extraordinarios para que esta realidad de Amor trinitario, de Amor paterno por nosotros en la Cruz nos quede bien clara; como ocurre en esta experiencia mística de Santa Margarita María de Alacoque:

«Me pareció ver delante de mí a las tres Personas de la adorable Trinidad, que llenaron de inmensa gloria mi alma. No acierto a describir lo que ocurrió; me pareció, de todas formas, que el Padre eterno, presentándose una gran Cruz rodeada de espinas, junto con los otros instrumentos de la Pasión, me decía: “Toma, hija mía, te hago el mismo don que he hecho a mi Hijo queridísimo”. El Señor Jesucristo me dijo: “Y Yo te crucificaré, como he sido crucificado yo mismo y te haré compañía”. La tercera de estas adorables Personas me dijo a su vez que, no siendo otra cosa que Amor, me consumaría, purificándose»²³.

21. STA. EDITH STEIN, *Cartas*, n. 320, diciembre de 1941, a la Madre Ambrosia Antonia Engelmänn.

22. ID., *El misterio de la Nochebuena*, conferencia pronunciada en 1930, recogida en *Los caminos del silencio interior*, 54-55.

23. STA. MARGARITA MARÍA DE ALACOQUE, *Autobiografía*, n. 59.

Insistimos en que se trata siempre de una cruz personal inseparablemente unida a la Santa Cruz, la de Nuestro Señor Jesucristo (por eso, voy continuamente cambiando de las minúsculas a las mayúsculas, como hacen algunos santos): si no fuera así, ni podríamos con la cruz, ni nos interesaría la cruz, porque quien nos interesa es Dios, es Jesús: es su Cruz.

Así rezaba Santa Gema Galgani: «Oh santa Cruz, quiero vivir contigo y morir contigo. Yo amo, sí, la Cruz, porque sé que la Cruz está sobre las espaldas de Jesús»²⁴.

6. LA GRAN PARADOJA: DOLOR Y ALEGRÍA EN LA CRUZ

Sigamos contemplando nuestra propia cruz desde la Cruz de Jesús. A Jesús le costó muchísimo la Cruz, porque fue dolorosísima: lo sabía desde antes, y por eso pide a su Padre que le libre de ella, a la vez que acepta su voluntad, que era aceptar un dolor terrible, por amor a Él y a nosotros. Por tanto, vivir nosotros bien nuestra cruz, vivirla en Cristo, con amor de hijos, no significa que deje de doler, y de doler, en ocasiones, muchísimo; sino encontrar en la aceptación de ese dolor por amor, su verdadero sentido.

Lo muestra muy bien la reflexión que reproducimos a continuación, realizada por el hermano mayor, sacerdote, de Montse Grases, una chica muy joven del Opus Dei, cuyo proceso de beatificación está ya muy avanzado, y que murió de una grave y dolorosa enfermedad, vivida cristianamente de forma ejemplar:

«Montse encontró a Jesús en la Cruz; a un Jesús que se abandonaba en los brazos de su Padre, diciendo: “en tus manos encomiendo mi Espíritu”. Y como ella confiaba en su Padre Dios, y se sentía en sus manos, estaba serena, tranquila, feliz. Su Cruz fue muy dolorosa. A veces me comentan, cuando la recuerdan tan alegre y tan feliz, que ella gozaba en medio del dolor... No, eso no es cierto. Decir eso podría sonar a masoquismo, porque aquello no era un dolor convertido en gozo; era un dolor convertido en amor, y en lucha, para poder seguir siendo fiel a sí misma, a nosotros y a Dios, pero seguía siendo un dolor que la desgarraba, que la destrozaba. Sufrió —yo lo vi— tremendamente: pero era una lucha enamorada, en medio del dolor, por encontrar a Cristo Crucificado (...)

Ésa es la raíz de aquella alegría suya que tanto desconcertaba: en vez de ser esclava del sufrimiento, se convirtió, de alguna manera, en dueña, en señora de su propio dolor. Le dio la vuelta al dolor. Lo convirtió en Amor»²⁵.

Palabras, descripción y razonamiento que podrían servir perfectamente para reflejar la experiencia de dolor e identificación con la Cruz de cualquier santa o santo.

24. STA. GEMA GALGANI, *Éxtasis*, n. 18.

25. Testimonio de Enrique Grases, recogido en J.M. CEJAS, *Montse Grases. La alegría de la entrega*, Madrid 1993, 481.

Podríamos decir, entonces, utilizando una expresión de San Josemaría Escrivá, cuyas enseñanzas encarnó de forma particular esta joven santa de nuestra época, que la verdadera Cruz del cristiano es una «Cruz sin cruz»²⁶. Es decir, una identificación con Jesucristo en la Cruz y, por tanto, ve rd a de ro su frimiento; pero también —incluso más— verdadero amor y alegría, porque la Cruz de Cristo es siempre victoria, resurrección y gloria. Si es participación en la verdadera Cruz de Cristo, tiene que ser «sin cruz»: sin las connotaciones desagradables que se tienden a dar a esa palabra; es decir, sin tristeza ni angustia, sin desesperación ni rebeldía, etc. Todos estos otros componentes negativos no brotan necesariamente del sufrimiento en cuanto tal, ni siquiera a nivel meramente humano —hay mucha gente que sufre graves contradicciones con alegría, llevada por amores e ideales humanos, sin que medie una referencia sobrenatural—; y nunca brotan, desde luego, esos componentes negativos, de la verdadera Cruz de Jesucristo.

Es decir, dolor no se opone a alegría: lo que se opone a la alegría es la tristeza. La cruz en cuanto dolor es compatible con la alegría, en la medida en que es la verdadera Cruz de Cristo. Con lo que no es compatible la alegría es con la tristeza, la angustia, la desesperanza, la rebeldía, etc., que a algunos les provoca el dolor, precisamente porque no está unido a la verdadera Cruz. Pero la clave de todo esto no está en que es el dolor el que provoca la alegría (eso sería la aberración a la que antes hacía también referencia Santa Edith Stein); no, hay que «triangular»: el dolor lleva al amor, se vive en el amor, y es el amor el que provoca la alegría y el gozo, como es propio de su naturaleza.

La mirada de fe y amorosa del hijo, que confía plenamente en su Padre Dios, descubre todo esto, aunque no lo entienda y le pueda costar, incluso mucho; y procura reaccionar, ante el dolor más desgarrador, como el Hijo unigénito de Dios hecho Hombre, Jesús, en efecto, con sencillez filial, manifiesta sus enormes dificultades ante la Cruz: «¡Abbá, Padre, todo te es posible, a para de mí este cáliz»; pero la misma sencillez filial le lleva al abandono y la confianza en la sabiduría y la bondad paternas: «pero que no sea lo que yo quiero, sino lo que quieres tú» (*Mc* 14, 36). Nótese, además, cómo es la única ocasión en que los evangelistas han conservado, en boca de Jesús, la expresión original aramea «Abbá»: ¡precisamente en este momento!²⁷.

26. S. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Santo Rosario*, «La cruz a cuestras»: «Pero no llesves la Cruz arrastrando... Lléalala a plomo, porque tu Cruz, así llevada, no será una Cruz cualquiera: será... la Santa Cruz. No te resignes con la Cruz. Resignación es palabra poco generosa. Quiere la Cruz. Cuando de verdad la quieras, tu Cruz será... una Cruz, sin Cruz». Aunque el autor usa siempre mayúsculas en esta ocasión, me permito usar una combinación de mayúsculas y minúsculas —como él mismo hace en otras ocasiones—, para facilitar la comprensión de la idea.

27. Desde luego, no es aventurado pensar que, en muchas otras ocasiones, Jesús utilizaría literalmente esa palabra para dirigirse a su Padre, aunque los evangelistas la traduzcan. San Pablo ve el ve a recurrir al original «Abbá» dos veces, al hablar de nuestra propia manera filial de dirigirnos a Dios (cfr. *Rom* 8, 16; *Gal* 4, 6).

La misma «dialéctica» se mantiene en la oración de Jesús cuando ya está clavado en la Cruz, a las puertas de la muerte. Allí, siente el Señor todo el enorme dolor acumulado en las largas horas de su Pasión: dolor no sólo físico, sino también psíquico y moral; y no deja de manifestar ese peso con una sencillez que podríamos calificar, incluso, de brutal: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» (*Mt* 27, 46). Pero de nuevo, la misma sencillez filial le lleva a la confianza y al abandono en los brazos paternos que Él tan bien conoce: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (*Lc* 23, 46).

Si así siente y así reacciona el Hijo de Dios por naturaleza ante la Cruz y ante su Padre; así debe sentir y reaccionar el hijo de Dios por adopción, por participación, contando con que tenemos delante el mismo Amor paterno, la ayuda del propio Jesús, la fuerza del mismo Espíritu que habitaba en Él en plenitud.

Más aún, como venimos comprobando en todos los textos de los santos ya citados, una cruz que participa de la verdadera Cruz de Cristo, y que se vive de esta forma, no sólo es signo del Amor que Dios nos tiene, sino manifestación y fuente de nuestro amor por Él: camino excelente de amor filial, medio para desenvolver amor por Amor. Así lo explica, entre otros, San Luis María Grignon de Montfort, al enumerar los principales frutos que brotan de la cruz cristiana:

«La cruz, llevada dignamente, se convierte en fuente, alimento y testimonio de amor. Enciende en los corazones el fuego del amor divino desapegándonos de las creaturas. Mantiene y acrecienta ese amor, y así como la leña alimenta el fuego, la cruz alimenta el amor. Comprueba del modo más claro que se ama a Dios. Porque es la misma prueba de que Dios se sirvió para manifestarnos su Amor. Y la que Dios nos pide para demostrarle el nuestro; es fuente abundante de toda suerte de dulzuras y consolaciones y engendra en el alma la alegría, la paz y la gracia; por último, produce en quien la lleva una riqueza incomparable de gloria para la eternidad»²⁸.

Esta última referencia a la eternidad también es importante, pues, aunque en el cielo desaparece todo dolor, el mismo Cristo conserva las señales de su Pasión en su cuerpo glorioso, como signo de la victoria alcanzada con la Cruz; y es habitual, en el pensamiento cristiano, la consideración de que los mártires también conservan en el cielo algún signo de su anterior sufrimiento, como recuerdo—ahora no doloroso, sino glorioso— de su configuración con la Pasión de Jesús y su victoria con Él. Dicho en lenguaje filial: como signo del Amor paterno de Dios, como recuerdo del valiosísimo regalo que Dios hace a sus hijos al bendecirlos con la cruz.

Era el convencimiento y el deseo, en particular, de Santa Teresita del Niño Jesús, manifestado en su famosa oración de ofrenda al Amor misericor-

28. S. LUIS MARÍA GRIGNON DE MONTFORT, *El amor de la Sabiduría eterna*, n. 176.

dioso: «Te doy gracias, Dios mío, por todos los beneficios que me has concedido, y en especial por haberme hecho pasar por el crisol del sufrimiento. En el último día te contemplaré llena de gozo llevando el cetro de la Cruz. Ya que te has dignado darme como lote esta Cruz tan preciosa, espero parecerme a ti en el cielo y ver brillar en mi cuerpo glorificado los sagrados estigmas de tu Pasión»²⁹.

7. CÓMO PUEDEN SER COMPATIBLES DOLOR Y ALEGRÍA EN LA CRUZ

En la forma de expresarse muchos santos respecto a cómo afrontan sus sufrimientos personales, aparece una idea que me parece particularmente luminosa para profundizar un poco más en todo lo que venimos considerando. Una idea que tiene relación con una difícil cuestión propia de la Teología mística: lo que muchos místicos clásicos llaman el *centro, ápice* o *esencia* del alma. En efecto, me parece que, recurriendo a esa certera intuición mística clásica, se puede encontrar un posible camino para explicar la compatibilidad entre un verdadero e incluso crudísimo, sufrimiento físico, psíquico, etc., y un amor y una alegría reales y profundas; un camino para desentrañar aparentes paradojas en la experiencia de tantas almas santas, del estilo de las que reflejan algunos textos autobiográficos de Santa Teresa del Niño Jesús:

«Aquella fue otra clase de sufrimiento, muy íntimo, muy profundo (...) En una palabra, mi cielo estaba cargado de nubarrones... Sólo el fondo de mi corazón seguía en calma y en la paz»³⁰. En otra ocasión parecida, ella misma utiliza certeramente, para mostrar esos sentimientos paradójicos, la conocida expresión que San Pablo aplica a Abraham: «esperar contra toda esperanza» (*Rom 4, 18*)³¹.

Una posible explicación de esa paradoja podría desarrollarse, entonces, en estos términos: si, en el «centro del alma», el cristiano está realmente unido a Dios, en intimidad de amor y de gracia, el dolor que pueda sufrir en su cuerpo, en sus sentidos externos e internos, o incluso en sus potencias espirituales —porque ese centro, según los místicos, va más allá de dichas potencias—, ese dolor, decimos, no llega a penetrar hasta lo más hondo, ni afecta a la relación íntima de amor con el Señor. Más bien ocurre todo lo contrario: la fuerza del amor divino que brota del interior del alma es la que transforma ese dolor en amor, y le da sentido.

Dicho de otra forma, volviendo a la fórmula paulina utilizada por la santa carmelita: la verdadera esperanza —la que brota del fondo del alma, donde habita Dios; es decir, la que tiene su origen en Dios mismo— supera y domina toda posible pérdida de esperanzas humanas, ante la dureza de la contradicción más cruel.

29. STA. TERESA DEL NIÑO JESÚS, *Ofrenda al Amor misericordioso*.

30. ID., *Manuscritos autobiográficos*, Ms. C, 9 vº.

31. Cfr. *ibid.*, Ms. A, 64 vº.

Leamos otras experiencias de la santa de Lisieux, que nos confirman esta línea argumental: «Si mi alma no estuviese de antemano dominada por el abandono a la voluntad de Dios, si se dejase inundar por los sentimientos de alegría o de tristeza que se suceden tan rápidamente unos a otros en la tierra, sería una oleada de dolor muy amarga y no podría soportarla. Pero estas alterancias sólo llegan a rozar la superficie de mi alma... ¡Sin embargo, son pruebas muy duras!»³².

Y todavía más explícitamente: «Mi corazón está lleno de la voluntad de Dios, y así, cuando se le echa algo encima, no penetra en el interior: es como una nadería que resbala fácilmente, como el aceite, que no puede mezclarse con el agua. Allá en lo hondo vivo siempre en una paz profunda, que nada puede turbar»³³.

San Luis María Grignon de Montfort también apunta en esta misma dirección, afinando todavía más, al distinguir varias posibilidades en el amor a la cruz, y reconduciendo además estas ideas al espíritu filial:

«Existe otro amor a la cruz, que llamo razonable; radica en la parte superior, que es la razón. Es un amor totalmente espiritual. Nace del conocimiento de la felicidad que hay en sufrir por Dios. Por eso es perceptible y aun es percibido por el alma, a la que alegra y fortalece interiormente. Pero ese amor racional y percibido, aunque bueno y muy bueno, no es siempre necesario para sufrir con alegría y según Dios.

Pues existe otro amor. De la cima o ápice del alma, dicen los maestros de la vida espiritual; de la inteligencia, dicen los filósofos. Mediante este amor, aun sin sentir alegría alguna en los sentidos, sin percibir gozo razonable alguno en el alma, amamos y saboreamos, mediante la luz de la fe desnuda, la cruz que llevamos. Mientras tanto, muchas veces todo es guerra y sobresalto en la parte inferior, que gime, se queja, llora y busca alivio. Entonces decimos con Jesucristo: “Padre, no se haga mi voluntad, sino la tuya” (Lc 22, 42). O con la Santísima Virgen: “Aquí está la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra” (Lc 1, 38). Con uno de estos dos amores de la parte superior hemos de amar y aceptar la cruz»³⁴.

La referencia expresa a Jesucristo todavía nos ayuda a afinar más en estas ideas: en efecto, en su caso, la unión hipostática hacía que lo que podemos llamar el fondo de su alma humana estuviera no sólo feliz, sino gozando plenamente de la visión beatífica, como explica la cristología clásica; al mismo tiempo que el dolor en su cuerpo y en el resto de su alma era terriblemente real, pues no participaban aún de esa gloria íntima. En la medida en que un alma se une realmente a la Cruz de Cristo, podemos decir que participa en cierta medida de esa experiencia: su unión con el dolor de Jesús es, a la vez, una unión gozosa de amor en el fondo de su alma con Dios, fruto de la gracia

32. STA. TERESA DEL NIÑO JESÚS, *Últimas conversaciones*, Cuaderno amarillo, 10.7.13.

33. *Ibid.*, 14.7.9.

34. S. LUIS MARÍA GRIGNON DE MONTFORT, *Carta circular a los Amigos de la Cruz*, nn. 52-53.

—todavía no de la gloria—, y una unión dolorosa en su cuerpo y en sus potencias con el dolor del Señor.

No olvidemos, además, que junto a la idea de centro o fondo, algunos místicos clásicos utilizan como equivalente la de «esencia del alma», mostrando así, entre otras cosas, que esa profunda unión de amor y alegría es mucho más radical y decisiva («esencial», no accidental) que el dolor mismo, por muy fuerte y abarcante que sea; hasta llegar a predominar sobre él, repercutiendo en el resto del alma y del cuerpo dolientes, y provocar, incluso, imágenes físicas desconcertantes para el que las ve desde fuera: impresionantes rostros sonrientes y llenos de paz, en medio de grandes sufrimientos.

A esta «reperusión del fondo hacia la superficie» alude Santa Edith Stein en el siguiente texto, muy importante también en el contexto más amplio del método teológico que aquí seguimos con la ayuda de algunos santos:

« Cuando hablamos aquí de *ciencia de la Cruz* no tomamos el nombre de ciencia en su sentido corriente: no se trata de pura teoría, es decir, de una suma de sentencias verdaderas o reputadas como tales, ni de un edificio ideal construido con pensamientos coherentes. Se trata de una verdad bien conocida —la teología de la Cruz— pero una verdad real y operante: como semilla que depositada en el centro del alma crece imprimiendo en ella un sello característico, y determinando de tal manera sus actos y omisiones que por ellos se manifiesta y hace cognoscible. En este sentido es como puede hablarse de ciencia de los santos y a él nos referimos cuando hablamos de ciencia de la Cruz»³⁵.

La Cruz, la verdadera Cruz, la de Jesús, brota, pues, del centro del alma, donde habita la Santísima Trinidad, como toda realidad sobrenatural propia del hijo de Dios; y es, además, una semilla que crece, como crece la santidad: cabe una cada vez mayor participación en la Cruz de Jesús, que se manifestará muy particularmente en el aumento de la paz y de la alegría en medio del dolor, como signos del crecimiento en el amor.

En la forma personal de afrontar cada uno el sufrimiento, por tanto, el mejor camino no es el puro esfuerzo ascético por reconducir ese dolor hacia Dios: no consiste en una simple lucha contra la contrariedad; lucha que, por muy bien intencionada que esté, puede resultar titánica, y no parece fácil que culmine en una victoria completa. No, el camino que proponen los santos, sin excluir la lucha y el esfuerzo, tiene, sin embargo, un trazado muy distinto; mucho más directo, seguro y eficaz: se trata de abandonarse desde el fondo del alma en los brazos amorosos de nuestro Padre Dios, dejarle a Él todo el cuidado, dejarle en particular que grabe en el centro del alma el sello de la Cruz; y que, luego, las consecuencias de ese sello y esa vida broten con naturalidad desde dicho centro.

35. STA. EDITH STEIN, *Ciencia de la Cruz*, Burgos 1989, 4.

De esta forma, la lucha ascética por llevar la cruz cobra otra perspectiva: la perspectiva del amor; la perspectiva del que ya posee un tesoro maravilloso dentro de él y, por eso, supera los obstáculos; y no la del que afronta resignadamente las dificultades, por si cabe la posibilidad de encontrar detrás de ellas un tesoro. En uno y otro caso, los obstáculos son los mismos y presentan la misma dureza, pero la perspectiva con que se afrontan es muy distinta. Acometidas desde ese centro, además, las dificultades, por duras que sean, se salvan siempre, porque las salva Dios mismo con nosotros —aunque sin ahorrarnos parte del esfuerzo—. Desde la otra perspectiva, en cambio, no desaparece nunca la incertidumbre de si saltaremos de verdad los obstáculos, que incluso puede parecer que se agigantan cada vez más; y no desaparecen las dudas de si habrá un auténtico premio detrás, o de si ese premio valdrá realmente la pena.

8. LA CRUZ «GLORIOSA»

He dicho hace un momento: sin ahorrarnos parte del esfuerzo; porque llevar la cruz con Jesús, unir la nuestra a la suya, no sólo permite hacer compatibles el dolor y la alegría, sino también disminuir ese dolor, sobre todo en esos aspectos «negativos» a los que antes hacíamos referencia: es indudable que un dolor sin tristeza, sin angustia, sin desesperación, etc., es menos pesado, más llevadero. Aunque el dolor propiamente dicho no llegue a desaparecer, porque de lo contrario ya no sería verdadera cruz. Así lo explica, ciertamente, Santa Genoveva Torres Morales:

«La vida en sí es cruz por la inestabilidad de nuestro corazón, cuando no está con Dios; pues ya quiere, ya no quiere, deseando siempre lo que no tiene. El que se da a Dios no está sin la cruz y a veces más pesada; pero Dios regulariza el peso del que la lleva con fe viva, con confianza firme y con amor intenso. Jesús es el Cirineo del hombre»³⁶.

La imagen es muy clara: «Jesús es el Cirineo», un ayudante en el dolor, no un sustituto. «Dios regulariza el peso», pero no lo suprime. No es que el alma santa, plenamente identificada con Jesucristo, deje de sufrir, sino que aprende a sufrir, profundiza en el sentido del dolor, ama más y, en esa medida, el sufrimiento se hace también más llevadero, aunque objetivamente pueda ser, incluso, muy superior al de otra persona que dé la impresión de que no puede más..., porque no ha encontrado a Cristo en la Cruz.

«Si en las contrariedades de la vida veo y busco a Dios, Él será mi recompensa, haciéndolas suaves y llevaderas»³⁷. «Yo me encuentro con muchas angustias. Es mi Jesús el que sufre»³⁸.

36. STA. GENOVEVA TORRES MORALES, *Apuntes*, n. 11.

37. ID., *Pensamientos I*, n. 30.

38. ID., *Cartas*, n. 11.

En el fondo, se trata, una vez más, del misterio de la estrecha cooperación entre gracia y libertad: el alma libremente abandonada en manos de Dios parece que no hace nada, que no sufre, que lo hace Jesús en su lugar; pero si está Jesús en su lugar es porque ese alma sufre realmente, porque se entrega y ama con todo su corazón. De nuevo una bendita paradoja.

«¡Cuánto consuelo el pensar que Jesús hace tuyas mis penas y sufrimientos! No sufro sola. Sufro con Jesús, mi Padre, el mejor de los padres, que con seguridad quiere para mí el mayor bien. Los sufrimientos que se presentan cada día, mirar que llevan en sí muchas alternativas»³⁹.

De hecho, en el caso de Santa Genoveva, como en el de tantos santos, la impresión que da desde fuera es que difícilmente uno, en su lugar, con sus dolores y contradicciones, hubiera sido capaz de salir adelante, de llevar ni siquiera una vida normal, y mucho menos con la responsabilidad que la fundadora de las Angélicas tuvo, y con la soltura y eficacia con que realizó su trabajo. Sólo su santidad, su amor a Dios, su identificación con Jesús Redentor, explican que pudiera vivir esos ochenta y seis años a pleno ritmo y con alegría, siempre con sus enfermedades y sus contradicciones auestas.

Si este es el sentido del dolor, cobra también nueva luz el significado de los momentos de bonanza que también vive el alma: no son tiempos santos en sí mismos, sino en la medida en que unen con Dios; y sólo su compatibilidad con el dolor prueba que efectivamente el alma no se busca a sí misma en esa felicidad: «Los consuelos no son estimados, sino en cuanto hacen el alma más fiel en el cumplimiento de sus deberes y más generosa en padecer»⁴⁰.

Entonces ¿tiene uno que buscar la cruz a todas horas? ¿No puede haber ni un respiro? ¿No puede uno deleitarse ni siquiera en esos consuelos divinos? No son preguntas que se puedan contestar sin más, porque están mal planteadas; no están hechas desde la perspectiva del amor a Dios, sino que, en el fondo, dan por supuesta una oposición entre dolor y felicidad que, como hemos visto, no tiene por qué existir. Una persona que ama no se plantea descansos ni treguas en su amor; y por tanto, tampoco en el dolor. Si Dios, su Padre, le da consuelos, maravilloso; y si no, también.

Lo explica certeramente uno de los mejores maestros en estas materias, San Pablo de la Cruz: «No es posible separar el amor del dolor ni el dolor del amor; por esto, el alma enamorada se alegra en sus dolores y se regocija en su amor doliente»⁴¹.

Desde esta perspectiva hay que leer a los santos. De lo contrario, nos parecerán —como decían páginas arriba Santa Edith Stein y el hermano de

39. ID., *Apuntes*, n. 14.

40. ID., *Pensamientos II*, n. 59.

41. S. PABLO DE LA CRUZ, *Cartas*, n. 1.

Montse Grases— unos locos masoquistas, que además quieren que nosotros también suframos tanto o más que ellos; y no son eso: son unos locos enamorados, que desean que nosotros amemos tanto como ellos, y seamos tan felices como ellos.

Sólo así se entiende, por ejemplo, que Santa Genoveva Torres exclame convencida: «¡Benditos sufrimientos, que tanto bien proporcionan a las almas!»⁴²; que Santa Teresa de los Andes compare la cruz con el cielo: «Y ¿qué es el sacrificio, qué es la cruz sino cielo cuando en ella está Jesucristo? Dale tu voluntad de tal manera que ya no puedas decir “quiero esto”, sino lo que Él quiera (...) Vi vamos en la cruz. La cruz es la abnegación de nuestra voluntad. En la *cruz* está el cielo, porque allí está *Jesús*»⁴³. O que Santa Teresa de Jesús dedique dos de sus poesías a cantar las alabanzas de la Cruz, diciendo en los respectivos versos principales:

«Cruz, descanso sabroso de mi vida,
vos seáis la bienvenida».

«En la cruz está la vida
y el consuelo,
y ella sola es el camino
para el cielo».

En las diversas estrofas de cada una de esas poesías, explica ella misma el porqué de esas alabanzas a la Cruz; pero baste citar aquí unos versos clave, correspondientes al principio y al final del segundo de dichos poemas:

«En la cruz está el Señor
de cielo y tierra
y el gozar de mucha paz,
aunque haya guerra,
todos los males destierra
en este suelo,
y ella sola es el camino
para el cielo (...)
Después que se puso en cruz
el Salvador,
en la cruz está la gloria
y el honor,
y en el padecer dolor
vida y consuelo,
y el camino más seguro
para el cielo»⁴⁴.

42. STA. GENOVEVA TORRES MORALES, *Cartas*, n. 105.

43. STA. TERESA DE LOS ANDES, *Cartas*, n. 40.

44. STA. TERESA DE JESÚS, *Poesías*.

Sobre esa misma unión entre dolor y alegría, sobre esa «cruz gloriosa», más atrevidamente, si cabe, se expresa Santa Teresa del Niño Jesús. Por ejemplo, ante la dolorosa enfermedad y muerte de su padre, que tanto hizo sufrir a las cinco hermanas:

«Algún día, en el cielo, nos gustará hablar de nuestras *gloriosas* tribulaciones, ¿no nos alegramos ya ahora de haberlas sufrido...? Sí, los tres años del martirio de papá me parecen los más preciosos, los más fructíferos de toda nuestra vida. No los cambiaría por todos los éxtasis y revelaciones de los santos. Mi corazón rebosa de gratitud al pensar en ese *tesoro* que debe despertar una santa envidia en los ángeles de la corte celestial...»⁴⁵.

Más adelante, resumiendo todos los dolores de su vida, añade: «He sufrido mucho desde que estoy en la tierra. Pero si en mi niñez sufría con tristeza, ahora ya no sufro así: lo hago con alegría y con paz, soy realmente feliz de sufrir»⁴⁶.

Todo es un problema de amor..., y como el que más ama es nuestro Padre Dios, no hay que preocuparse: Él nos premiará un día con la mayor felicidad jamás soñada y, ya en esta vida, sabe combinar de la mejor manera el dolor y la felicidad:

«En la cruz está la salud y la vida. En la cruz, la defensa contra los enemigos. En la cruz, la infusión de la suavidad soberana. La cruz es la fortaleza del corazón. En la cruz está el gozo del espíritu. En la cruz está la suma virtud. En la cruz está la perfección de la santidad. No está la salud del alma ni la esperanza de la vida eterna en otro lugar, sino en la cruz»⁴⁷.

9. UN PADRE QUE CORRIGE Y ENSEÑA CON AMOR

Deseo hablar todavía de otro aspecto que puede encontrarse en algunos de los sufrimientos que llamamos cruces —aunque no en todos—, y que tiene mucho que ver también con el sentido de la filiación divina cristiana. En efecto, partamos de nuevo de la idea clave de que Dios bendice con la Cruz de Cristo a sus hijos, porque nos ama de verdad. Pues bien, en ese Amor paterno, en ese bendecir con la Cruz, puede aparecer también algo muy propio de los buenos padres en la relación con sus hijos: corregir, para enseñar; y, a veces, corregir con dureza, si es necesario, precisamente como muestra de amor y de misericordia...

Así se expresa San Luis María Grignon de Montfort, al enumerar los beneficios de la Cruz de Cristo: «nos hace dignos hijos de Dios Padre, dignos

45. STA. TERESA DEL NIÑO JESÚS, *Manuscritos autobiográficos*, Ms. A, 73 rº.

46. *Ibid.*, Ms. C, 4 vº.

47. *Imitación de Cristo*, II, 12, 2.

miembros de Jesucristo y templos dignos del Espíritu Santo. Dios Padre corrige a cuantos adopta por hijos: “El Señor educa a los que ama y da azotes a los hijos que reconoce por suyos” (*Heb 12, 6*). El Hijo recibe como suyos solamente a los que llevan la cruz. El Espíritu Santo talla y pule las piedras vivas de la Jerusalén celeste, es decir, los predestinados⁴⁸.

Me rece la pena reproducir completo el texto de la carta a los Hebreos del que este santo ha tomado el versículo más significativo sobre nuestro tema; porque, además, es un texto que se explica por sí sólo con particular claridad:

«Por consiguiente, también nosotros, que estamos rodeados de una nube tan grande de testigos, sacudámonos todo lastre y el pecado que nos asedia, y continuemos corriendo con perseverancia la carrera emprendida: fijos los ojos en Jesús, iniciador y consumador de la fe, el cual, despreciando la ignominia, soportó la Cruz en lugar del gozo que se le ofrecía, y está sentado a la diestra del trono de Dios. Pensad, pues, atentamente en Aquél que soportó tanta contradicción de parte de los pecadores, para que no desfallezcáis ni decaiga vuestro ánimo.

No habéis resistido todavía hasta la sangre al combatir contra el pecado; y habéis olvidado la exhortación dirigida a vosotros como a hijos: “hijo mío, no desprecies la corrección del Señor, ni te desanimes cuando Él te reprenda; porque el Señor corrige al que ama y azota a todo aquel que reconoce como hijo”. Lo que sufrís sirve para vuestra corrección. Dios os trata como a hijos, ¿y qué hijo hay a quien su padre no corrija? Si se os privase de la corrección, que todos han recibido, seríais bastardos y no hijos. A nuestros padres según la carne los teníamos como educadores y los respetábamos. ¿Y no nos someteremos con mayor razón al Padre de nuestras almas, para alcanzar la vida? Ellos nos educaban para un tiempo breve y nos castigaban según su parecer; pero Él lo hace con vistas a nuestro bien, para que participemos de su santidad.

Toda corrección no parece de momento agradable sino penosa, pero luego produce fruto apacible de justicia en los que en ella se ejercitan. Levantad, por tanto, las manos caídas y las rodillas debilitadas, y dad pasos derechos con vuestros pies, para que los miembros cojos no se descoynten, sino más bien se curen» (*Heb 12, 1-13*).

Ese «tallar» y «pulir» al que hacía referencia San Luis María, esa corrección paterna, puede, en efecto, resultar dolorosa, como lo es también tantas veces el curar, o incluso el simple limpiar (tanto el cuerpo como el alma). Pero un buen padre y una buena madre, aunque sufran ellos mismos al tener que realizar tareas desagradables en la atención de sus hijos, no dudan en seguir adelante con ellas, precisamente movidos por el amor al hijo; y éste, si los mira con el mismo cariño, y no egoístamente, se da cuenta de que ese dolor que siente es fruto del amor de sus padres; y se deja, entonces, limpiar y curar,

48. S. LUIS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *El amor de la Sabiduría eterna*, n. 176.

tallar y pulir. Así actúa también nuestro Padre Dios, y así debe responder un buen hijo suyo.

De forma muy parecida se expresa San Juan de Ávila, desde la óptica de la acción del Espíritu Santo en el alma:

«Es el Espíritu Santo un despertador —dice Cristo— que os enviará el Padre, y llámase *Paracletus*, Consolador y Exhortador⁹. Consolador, porque, aunque riña algunas veces, no se va sin dejar consuelo en el ánima que reprehende. Suele algunas veces este Consolador reprehender y reñir a las ánimas, como diciendo: “¿En qué entiendes? ¿Qué haces? ¿Por qué te descuidas? Cata que va mal eso, mira que conviene hacer tal cosa primero de ésa, dejar tal compañía, procurar la otra, comunicar con tales personas. Mira que se pasa la vida; haz el bien que pudieres, las limosnas que pudieres; pon por obra lo que se te ha enseñado. No se vaya la vida tan sólo en buenos deseos y pensamientos, y ninguna obra. Mira que se pasa la vida, y no sabes si te llamará Dios nuestro Señor en medio de tu mocedad. Cata no te halles burlado”; y así otras cosas de esta manera.

Si de esta riña y exhortación quedó vuestra ánima alborotada y desconsolada y con temores, no era aquello Espíritu Santo. No riñe sino para consolar; no riñe sino para que se enmienden y queden alegres con los avisos. Si después de la riña, después de aquella confusión y lágrimas y vergüenza que tenéis de haber obrado contra el Señor, quedáis alegres, con confianza en el Señor, que no os ha de desamparar, que os ha de ayudar a ser mejor y os enmendará, eso tal del Espíritu Santo es; el Consolador ha entrado en vuestro corazón: Él os ha reñido, Él os quiere consolar; así lo suele hacer, dar tranquilidad después de los torbellinos y amor después del temor. El Despertador, el Exhortador, el Consolador, el Enseñador, todo lo que se hubiere de hacer, Él te enseñará a regir y guiar tu nao. Él hará que, contra todos los vientos, con su solo consejo e industria llegues a puerto seguro»⁴⁹.

La corrección divina participa, pues, de la paradoja de la cruz: duele en la superficie, y quizá mucho; pero deja una gran paz en el interior. Paz que acaba triunfando y enseñoreándose de todo nuestro ser de hijos de Dios.

Existen, por lo demás, bastantes otros componentes decisivos del misterio de la Cruz de Cristo que se proyectan también sobre la cruz del cristiano: el valor expiatorio de la Cruz; su relación con la mortificación y la lucha ascética; la obediencia redentora frente a la desobediencia propia del pecado; la abnegación y el anonadamiento, que se transforman en triunfo y exaltación; la continua renovación del sacrificio de Cristo en la celebración eucarística, y por tanto, nuestra identificación con la Cruz a través de dicho sacramento; etc. Pero he querido aquí centrarme sólo en algunos, los que me parece que se acercan más al misterio de las relaciones paterno-filiales de amor entre Dios y el cristiano.

49. S. JUAN DE ÁVILA, *Sermón en el Domingo de Pentecostés, en la profesión de una monja*.

En efecto, esta es la idea central sobre la que he querido hacer girar este artículo: la estrecha relación de la Cruz con la filiación divina, la identificación con Cristo, el amor y la alegría. Así nos la presenta un luminoso texto de Santa Edith Stein, excelente resumen de todo lo que hemos dicho:

«Así como el *ser*-uno con Cristo es nuestra beatitud y el progresar en *lle-gar a ser*-uno con Él es nuestra felicidad en la tierra, también el amor por la Cruz y la gozosa filiación divina no son contradictorias. Ayudar a Cristo a cargar con la Cruz proporciona una alegría fuerte y pura, y aquellos que puedan y deban, los constructores del Reino de Dios, son los auténticos hijos de Dios. De ahí que la preferencia por el camino de la Cruz no signifique que el Viernes Santo no haya sido superado y la obra de redención consumada. Solamente los redimidos, los hijos de la gracia, pueden ser portadores de la Cruz de Cristo.

El sufrimiento humano recibe fuerza expiatoria sólo si está unido al sufrimiento de la Cabeza divina. Sufrir y ser felices en el sufrimiento, estar en la tierra, recorrer los sucios y ásperos caminos de esta tierra y con todo reinar con Cristo a la derecha del Padre; con los hijos de este mundo reír y llorar y con los coros de los ángeles cantar ininterrumpidamente alabanzas a Dios: ésta es la vida del cristiano hasta el día en que rompa el alba de la eternidad»⁵⁰.

50. STA. EDITH STEIN, *Amor por la Cruz*, en *Obras selectas*, Burgos 1998, 260.